

La Planta, en El Paraíso, padece sus peores momentos

# A las puertas de una industria floreciente

Sebastián de la Nuez\*



Ha vuelto a saltar a los titulares de los periódicos, como lo hizo en octubre de 1996, cuando un motín e incendio provocó la muerte de 24 reclusos. La historia se repite, pero ahora hay más hacinamiento, más dinero en el medio, más mentiras dentro y afuera

a cárcel, que no era originalmente una cárcel, lleva un nombre en el copete de su puerta azul demasiado rimbombante para representar lo que verdaderamente es a juzgar por su historia, por lo que acaba de pasar allí, por lo que dicen los familiares de los reos. Es un botadero de gente antes que *casa de reeducación y trabajo artesanal*. Allí ni siquiera puede atisbarse un asomo de *humanización*. En absoluto. Y va a seguir lejos de cualquier idea aproximada mientras el régimen penitenciario siga siendo en Venezuela la huérfana entre todas las huérfanas en materia de políticas públicas.

En La Planta, a las siete de la mañana de un domingo —uno de los tres días de visita previstos en la semana— se congregan centenares de mujeres del lado izquierdo de la puerta azul cargando con bolsas de víveres y enseres en una fila heterogénea y clamorosa, y decenas de hombres del otro lado de la calle o avenida o lo que quiera que sea ese pedazo de pavimento sombreado por un puente que sobrevuela la zona en dirección a la autopista.

Esto es, por mayores señas, la afamada urbanización El Paraíso, cerca de Villa Zoila, cerca de la plaza Madariaga, cerca de La Araña, cerca de la avenida Páez, cerca del infierno. Un pedazo de Caracas como otro cualquiera pero con raigambre: no muy lejos vivió la flor y nata del perezjimenismo en los años 50. Allí espera, primerita en la cola y desde hace 24 horas largas, una señora que se llama Yolimar López. No parece ojerosa ni desencantada; le brillan los ojos de entusiasmo. Detrás está Mercedes Gutiérrez, que igualito ha pernoctado allí (en realidad Yolimar no lo hizo, sino que le guardaron el puesto pues cuenta con un familiar que vive cerca). Ambas aprovecharán el domingo de visita en

toda su extensión, hasta las cuatro de la tarde. Pero son las ocho y los guardias nacionales que andan por allí, de un lado para otro, no dan señales de que la puerta se abrirá. Saben que cuando lo hagan el revuelo arreciará. El miércoles anterior no dejaron entrar a las visitantes, sólo recibieron las bolsas con comida que fueron distribuidas por los evangélicos puertas adentro. Se comenta que habrá venganza. Que los del pabellón que fue víctima del ataque del miércoles 27 de enero –fue en la mañana, justo cuando comenzaban a entrar las visitas– no se van a quedar quietos. Otros dicen que, como la primera víctima fue un nuevo pastor evangélico que intentaba mediar en la *culebra* entre los pabellones uno y dos, el arrepentimiento y la contrición son genuinos y la cosa quedará así. En fin, no se sabe.

Gladys Guerrero, como las demás en la cola, tiene un número escrito con marcador en su muñeca. El suyo es el 166. Ha tenido suerte, porque llegó a las 5:30 de la mañana. Tiene un ahijado de 25 años en el pabellón uno a quien le dieron un tiro “lateral” durante la refriega que dejó al menos diez reclusos muertos a tiros y unos diecisiete malheridos, aquel miércoles. Ella trabaja de lunes a viernes en casas de familia y sólo puede visitarlo los fines de semana. “Pero está bien, gracias a Dios, porque él habla conmigo por teléfono”. La rutina se la conoce de memoria: al entrar le revisan la ropa pero no es que la desnudan. “La blusa hacia arriba y el pantalón un poquito y ya”. Luego pasa al patio, donde están todos los del pabellón uno. La madre del muchacho no sabe que está preso pues le han dado dos ACV; pero su hermana sí viene, cuando Gladys no puede. Lleva cinco meses encerrado sin sentencia. Cuando se le pregunta a Gladys qué le pediría al ministro, o a cualquier autoridad competente, si tuviera la oportunidad de hablarle, para que no se repitan hechos como el de enero, no lo duda un instante: “Oye, que desarme a la población adentro”.

Debería desarmar a los guardias nacionales también, pues varias mujeres que estuvieron allí aquella mañana, miércoles de visita, vieron cómo desde la atalaya –la garita montada en una torre– dispararon ráfagas de metralleta hacia abajo. Vieron incluso el rebote del tirador zarrado por la percusión del arma al detonar, y algunas de las testigos incluso agregan un detalle a la descripción, quién sabe si por sazonarla de dramatismo: los guardias reían ante la mortandad. “El garitero fue el que se afincó”, afirma una y otra confirma con la cabeza.

### CRÓNICA DE LO CURIOSO

Puede que a Gladys no la desnuden completo y le respeten sus partes íntimas, pero las bolsas no se salvan: ni siquiera dejan pasar Nestea

de limón. Se entiende que no permitan el jugo de naranja porque fermenta, dice alguien, pero ¿Nestea de limón? ¿Cuál es el peligro del Nestea de limón? Pero así son las cárceles criollas: no entra el Nestea de limón pero sí pasan, como *Pedro por su casa*, granadas y metralletas.

Ocurren episodios curiosos alrededor de la cola que se acumula debajo del largo toldo color naranja sucio adosado al muro externo del penal. Una camioneta de lujo se detiene casi en la retaguardia. El solitario chofer baja el vidrio del puesto del acompañante y le da la mano a una muchacha de cintura apretada, impecable pantalón blanco y no menos impecable blusa blanca ceñida; parecen bromear y deliberar en torno a algún asunto, pero luego la camioneta se va sin la muchacha. Ella dice que va a visitar a un hermano en La Planta.

Hay varios puestos de buhonería cercanos donde destaca el papel de baño, algo inusual en cualquier otra venta callejera. Al parecer, es un bien muy apreciado dentro del penal, donde el paquete de cuatro rollos puede llegar a costar 10 bolívares fuertes. ¿Es una industria todo lo que gira alrededor de las cárceles venezolanas? ¿Cómo se desmonta este aparato de compra y venta en apariencia tan lucrativo? Debe decirse que no hay gente triste, ni sollozos, ni drama alguno en medio de esta multitud que, a medida que se acerca la hora de la entrada, se alborota más. Pero hay de todo: hay quienes guardan un silencio hostil ante las preguntas y mujeres ávidas de hablar. Una en particular, que desea resguardar su nombre, aconseja organizar a las visitantes por los pabellones a los cuales se dirigen. Dice que la actitud de la Guardia Nacional es *más o menos*. “A veces se ponen rebeldes. Claro, ellos tratan mejor a las personas que se bajan de la mula, que dan real. Imagínate tú. Uno *pare* para traerle real a sus familiares, para que tengan para comprar allá dentro, por lo menos, refrescos o chucherías o Harina Pan, y se lo vas a dejar a los guardias? Prefiero hacer mi cola larguísima. Es el martillo en cada visita”.

A un primo se lo asesinaron durante la última refriega (mala suerte: ya tenía la boleta de salida lista) pero aún le queda un hijo con cinco meses de retención, a quien, según su versión, “lo sembraron con droga”. Lo de organizar a las visitantes es una propuesta que la misma GN ya puso en práctica el primer miércoles de febrero en que se decidió, por prudencia, no permitir su entrada sino sólo las bolsas con víveres. Pero, ¿quién le pone el cascabel al caos? Tampoco adentro hay discriminación pues los reos no están clasificados: puede que la casualidad junte bajo el mismo techo a un asesino en serie y un ratero que apenas ha cometido algún hurto.

La misma mujer dice que hay boletas de ex-carcelación en el interior del penal, que por castigo no se han entregado. Por castigo puede que

sucedan muchas otras cosas. Por castigo o por miedo a un secuestro colectivo está prohibido, por ahora y hasta nuevo aviso, el acceso de niños a la cárcel. Hay dos iglesias dentro del penal, y a las puertas de una de ellas, metida en el recinto mismo de uno de los pabellones sangrientos, se escenificó la última reyerta (hasta el cierre de este trabajo, se entiende).

Sin embargo, al mismo tiempo la vida cotidiana trata de abrirse paso e instalarse con ciertos aires de modernidad en medio del caos y la tensa calma: a veces se organizan campeonatos de futbolito, hay un lugar con nevera y hornos microondas disponible para reos y visitantes que quieran comer juntos; antes había una piscina, al parecer construida por los mismos reos, para los más pequeños visitantes.

Una enfermera guaireña con un hijo recluso de 21 años en el pabellón dos expresa con perfecta elación palabras de apoyo a los reos. Dice que esa gente es más educada que la de la calle; que cuando ella camina entre ellos en días de visita, en dirección a su hijo, le abren paso y la tratan con respeto.

¿Y la figura del pran? Igual. Para ella los pranes orientan a los más nuevos y son los que, en toda lógica, imponen unas reglas pues son los de mayor experiencia en el penal. Hasta el día de la reyerta, señor, se hacían parrillas y mondongos para las visitas. Se pregunta ella, entonces, cómo es posible que haya pasado esto. Su hijo, le contó, sólo veía humo y sangre aquella mañana de las ráfagas que se oyeron hasta en el cerro próximo. Ella hace recaer la culpa sobre los guardias, y todo lo que dice lo corrobora una mujer madura que minutos más tarde tratará de organizar el tumulto frente a la puerta azul. Se queja la enfermera porque ahora su hijo no puede ir ni a la bodega interna porque cada quien debe restringirse a su área de pernocta. “Yo como madre no voy a pasar armas: me llevan a mí para el INOF y ¿quién visita a mi hijo? No me voy a atrever a hacer una cosa de ésas”. Su hijo

estaba ya en cuarto año de la universidad cuando cayó preso “por una confusión”; tiene otro, licenciado y cursante de un magíster. “Ellos [los del Ministerio de Interior y Justicia] dicen que están humanizando el sistema penitenciario. Eso solamente dice dentro del autobús. Pero usted entra dentro y se da cuenta que no están humanizando a nadie. Los mismos reos tratan de humanizarse. Los del carro negro, como dicen ellos, que son los guardias cuando entran a pegarles, les desbaratan sus microondas, les desbaratan la piscina de los niños. Así les dicen a los custodios, los del carro negro”.

Había varios guardias nacionales, mucho después de las 8:00 de la mañana del domingo, lidiando con el gentío de mujeres. Los hombres de la otra fila habrán de esperar todavía su turno. Un guardia decía que hay un capitán, y que cualquier pregunta debía ser dirigida a él, que se encontraba adentro y nada dispuesto a salir a hablar con ningún medio de comunicación, no mientras durase la visita. Otro GN, que trataba de atender a una hilera especial compuesta por mujeres mayores o embarazadas, decía que él sólo podía seguir órdenes superiores.

Mataron a un pastor el día de la reyerta. ¿Habrá llegado a escuchar ese pastor a Javier Solís cantando *El preso* o quizás *Auditorio azul* en la voz contaminada de anfetaminas de Marvin Santiago, quien estuvo preso en su natal Puerto Rico y quiso, allí, reencontrarse con la fe cristiana? Solís dice en su bolero que el que juega tan cerquita a la candela debe estar atento. Solís es otro famoso latinoamericano que supo en vida lo que es el infierno del presidio. En ese bolero, *El preso*, sólo pide “a sus amigos de allá fuera que se cuiden del licor y su maldad”.

#### DESDE LA ATALAYA

*Casa de reeducación y trabajo artesanal El Paraíso, centro de observación y clasificación nacional de asociales.* Tal es la denominación completa inmortalizada en la placa sobre la puerta azul que da acceso a La Planta; un título, como se ha dicho, rimbombante para lo que en verdad hay adentro. Es, en justicia, un antro de hacinación y a la vez una industria recicladora de violencia donde circulan metralletas pero no el Nestea de limón. Con todo, no es la peor cárcel venezolana, ni mucho menos.

Más arriba de puerta y placa; más arriba del edificio de cuatro plantas y a cierta distancia, se destaca la garita de concreto bien alzada sobre el panorama circundante. Un punto de mira muy privilegiado.

\* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

